

se resaltan en dos niveles fundamentales lo esencial de la mesa redonda: los debates intelectuales sobre la problemática de la epigrafía y las conclusiones sobre técnicas y resultados, en tres aspectos: la aportación sobre la reflexión acerca de la metodología, la reflexión sobre los contenidos de la epigrafía y, por último, la forma de las ediciones, los circuitos de información y los problemas de la armonización ante la paradoja, evidente para los autores, de no emplear en nuestro tiempo la lengua latina como vehículo de comunicación universal de la epigrafía.

La visión de conjunto que sobre la epigrafía y su problemática actual encontramos en las Actas de esta mesa redonda internacional es verdaderamente completa e interesante, en la cual creemos que resaltan con luz propia los importantes logros que aportan los métodos filológicos y de análisis de texto aplicados a la epigrafía.

**José Martínez Gázquez**

---

**T. HÄGG**

***The Novel in Antiquity***

Basil Blackwell,

Oxford 1983, XII + 264 pp.

El profesor Hägg es uno de los más serios estudiosos de la novela griega. Su *Narrative Technique in Ancient Greek Romances*, Estocolmo 1971, constituye la mejor prueba de ello. Así, el libro que

vamos a reseñar cuenta ya con una garantía inicial.

La obra que nos ocupa, versión inglesa de la edición sueca original de 1980, está destinada a un público amplio no clasicista y fundamentalmente anglosajón, como el propio autor expone en el prefacio. Se propone trazar un panorama general de la novela en la antigüedad, y por tres razones: por la ignorancia de esta etapa antigua del género por parte de los interesados en la novela moderna; por existir un mayor desconocimiento de la novela griega que de la latina de Petronio y Apuleyo, a pesar de que las obras de estos autores son ejemplares aislados frente a las griegas, que constituyen un auténtico género cultivado durante siglos; y, finalmente, por el deseo de ofrecer una visión más exacta de las griegas, cuya imagen ha sido a menudo desvirtuada por las obras de Longo, Aquiles Tacio y Heliodoro por ser éstas las más conocidas. Las tres apreciaciones son muy acertadas.

El primer capítulo es una breve discusión terminológica en la que el autor defiende el uso del vocablo «novel» para calificar a los ejemplares que presenta la antigüedad, en lugar del de «romance» tradicionalmente empleado. Lo prefiere por ser más genérico, menos marcado y acomodarse mejor, así, a la diversidad de especímenes antiguos. Esa elección del autor no nos parece objetable, pues, efectivamente, nada impide calificar de «novela» la obra de Caritón, como dice el propio Hägg.

El capítulo segundo está dedicado a la llamada novela griega idealista (*ideal Greek novel*), y en él pasa revista al género por orden cronológico, empezando con la novela de Caritón y terminando con las bizantinas. En cada una de ellas realiza una breve introducción al autor, seguida de un resumen y comentario de la obra, incluyendo traducciones de algunos capítulos y destacando unos cuantos rasgos caracterizadores bien elegidos, así como observaciones sobre sus técnicas narrativas y estilísticas. Su división de las novelas griegas en «presofísticas», más adelante llamadas de tipo popular (p. 161) y «sofísticas», esto es, influidas por la Segunda Sofística, es defendible hasta cierto punto, pero la influencia sofística es difícil de negar en la obra de Caritón, cuyo carácter retórico y literario está fuera de duda: las diferencias entre las novelas corren parejas con las diferencias que se observan en el desarrollo de la retórica; y, además, los dos tipos de novela que distingue Hägg son admisibles sobre todo por diferencias de estructura (Cf. C. Ruiz Montero en *Fabula* 22, 1981, pp. 228-38).

Su división está condicionada por la fecha que asigna a Caritón, el siglo I a.C. lo que no es más que una hipótesis, y además poco probable (cf. J. Bompaire en *REG* 90, 1977, pp. 55-68; E.L. Bowie en *Erotica Antiqua. Acta of the International Conference on the Ancient Novel*, ed. by B.P. Reardon, Bangor 1977, p. 94; C. Ruiz Montero, *Est Clas* 24, 1980, pp. 63-69). Más

chocante resulta su afirmación posterior de que no puede asegurarse si Caritón es el modelo de Jenofonte de Efeso o si es al revés (p. 20), cuando la prioridad de Caritón es un hecho generalmente admitido y verosímil desde todos los puntos de vista, e igualmente es sorprendente que manifieste aún alguna duda al fechar a Jenofonte en el siglo II d.C. (cf. C. Moreschini en *SCO* 19/20, 1970-71, pp. 73-75). Además, habría que matizar su datación de la novela de *Nino* en el 100 a.C. y recordar que el nombre de Semíramis no aparece en los fragmentos (p. 17). Estas cronologías contrastan con la cautela con que trata las de las novelas de Longo, Aquiles Tacio y Heliodoro —por este orden, correcto a nuestro juicio. Con respecto a Heliodoro, no se decide entre el siglo III o el IV d.C. y su eclecticismo nos parece prudente a la vista de los datos actuales.

El capítulo tercero trata del contexto social y los primeros lectores de la novela, aspectos éstos fundamentales y que carecen de una monografía especializada, por lo que las páginas que le dedica Hägg resultan muy útiles. Tras una buena introducción al mundo helenístico, pasa a considerar el aspecto social de la novela, que ya antes Perry y Reardon habían enfatizado, pero que ahora recibe un tratamiento mucho más serio. Hägg admite los factores romanticismo e idealismo, pero, frente a Perry, observa acertadamente que sentimentalismo no implica clase social; y destaca, en cambio, la im-

portancia del incremento del nivel de lectura en un público que pertenecería a la clase alta o media helenizada. Igualmente nos parece acertado subrayar la importancia de los escribas y secretarios en la difusión del género, pero no puede descartarse la teoría de los *story-tellers* itinerantes que propuso Scobie, pues sus historias maravillosas no están tan alejadas de la estructura de la novela como cree Hägg. Del contenido de las novelas deduce la importancia del público femenino, pero no creemos que sentimentalismo implique sexo, y mucho menos que los autores de las novelas sean mujeres. En cambio, nos parece correcta su crítica de la importancia del público juvenil que preconizara Perry. Y lo mismo decimos del rechazo del origen oriental del género defendido por Barns y seguido por Reardon: el contenido de las novelas es genuinamente griego, y su origen estaría más en Asia Menor que en Egipto. Coincidimos también con el autor en admitir que existían varias tradiciones en época helenística; por eso no acabamos de entender por qué da tanto valor a la teoría de la invención de Perry (p. 90). Son muy plausibles, en cambio, su rechazo de la interpretación mística de las novelas y el dar una explicación social tanto para las religiones místicas como para las novelas, opinión expresada ya por Altheim. Finalmente traza un buen panorama de la Segunda Sofística y la difusión y evolución del género mediante ella, pero en la p. 107 ataca la

teoría de Rohde de un origen retórico para el género, que admite, no obstante, para las novelas «sofísticas», con lo que vuelve a minimizar la importancia de la retórica, bien patente ya en los fragmentos de *Nino* y en *Quéreas y Calíroo*.

En el capítulo siguiente, titulado «El *pedigree* literario de la novela», pasa revista a su relación con algunos de los géneros literarios predecesores y contemporáneos, con lo que incide en el debatido problema de los orígenes del género, ya avanzado en el capítulo anterior. El tratamiento del tema es, en general, ponderado y sensato; así, cuando no admite la equivalencia entre novela y *Ciropedia*, tradicionalmente defendida, o señala los mutuos influjos entre novela y biografía, o nota que no es preciso ver influencia directa de la poesía erótica en la novela, sino más bien la utilización de las mismas fuentes populares. Su hipótesis del carácter paródico de las *Apista* de Antonio Diógenes no parece fácil de admitir. Es consciente de que no trata temas como la influencia de la oratoria, la *novella* o el drama, que son importantes. De las relaciones de la novela con el contexto retórico, que es, en nuestra opinión, *conditio sine qua non* para su formación como género literario, se ocupa en el capítulo anterior (pp. 106-107) en los términos ya expuestos.

En el capítulo quinto, «De la novela histórica al "libro popular" medieval», se ocupa de la *Novela de Alejandro*, calificada de biografía novelesca, con un resumen de

su problemática básica y una selección de pasajes traducidos. Siguen las *Novelas de Troya* de Dicitis y Dares y la *Historia de Apolonio rey de Tiro*, de la que destaca su parecido con la obra de Jenofonte y su mezcla de novela y *folktale*, por lo que, al igual que en la novela de aquél, discute la teoría tradicional del epitome: efectivamente, en ambas obras se aprecian rasgos de composición folklórica. No se pronuncia sobre si el original de la *Historia* fue griego o latino.

El capítulo siguiente lo dedica a los que llama acertadamente «nuevos héroes»; esto es, a los apóstoles, mártires y santos, cuyos hechos y vidas contienen elementos de novela y aretalogía. Así ocurre con los apócrifos del *Nuevo Testamento*. Se centra en *Pablo* y *Tecila* y postula que su fuente principal pudo ser la novela, y sus lectores los mismos que los del tipo popular citado más arriba. Que su autor fuera una mujer por su tendencia feminista nos parece tan improbable como en el caso de las novelas paganas.

Pasa luego a los escritos *pseudoclementinos*, cuyo núcleo sería una novela, y que estarían dirigidos a un público más intelectual, comparable al de las novelas «sofísticas».

Finaliza el capítulo con las novelas hagiográficas, que ejemplifica con *Barlaam* y *Josafat*, y concluye que esa obra, como las otras citadas en este capítulo y el anterior, no se origina como composición popular ni como *folktale* de ningún tipo, sino que es una creación lite-

raria deliberada. Ahora bien, a partir de la exposición del autor queda bien patente que las estructuras compositivas de todas estas obras son de tipo folklórico, como las de las novelas llamadas de tipo popular, pero con rasgos aún más marcados que las *Efesíacas* o la *Historia de Apolonio*. Pudieron tomar motivos prestados de las novelas, pero no el armazón compositivo, que es de origen oral independiente. Nos encontramos, tanto en el caso de las novelas cristianas como en el de las paganas, con un tratamiento literario, retórico, de un material folklórico cuyo origen oral ha dejado claras huellas en su composición, como son las lagunas, la falta de motivaciones y las incongruencias de todo tipo que reconoce el propio Hägg, y lo más importante, el esqueleto de *folktale* (véase el artículo en *Fabula* antes citado).

El capítulo séptimo está dedicado a la novela cómica romana, es decir, al *Satiricón* de Petronio y las *Metamorfosis* de Apuleyo, a las que añade el *Asno* griego. Señala primero su principal diferencia con las griegas, que es la audiencia, minoritaria y culta en el caso de Petronio y Apuleyo, ambos maestros del estilo. Y añade que su estructura básica es de inspiración griega, a cuyo tipo de novela idealista parodiarían, aunque reconoce que el propósito de Apuleyo es múltiple, y que lo que empieza como novela cómica ligera no exenta de elementos satíricos acaba en una historia edificante al llegar al libro XI, todo lo cual pa-

rece muy correcto: efectivamente, las pruebas de iniciación a los misterios de Isis están anticipadas por el peregrinar de Psique, pero no creemos que esta *anilis fabula* sea un invento de Apuleyo (p. 182), aunque no se halle contenida en el *Asno*, pues su origen oral está bien testimoniado y nada indica que pertenezca al ámbito romano (cf. W.F. Hansen, «An Ancient Greek Ghost story», *Folklore on two continents: Essays in Honor of Linda Dégh*, ed. N. Burlakoff & C. Lindahl, Bloomington 1980, pp. 76-77, n. 10 y 11).

A pesar de estar escrito en griego, el *Asno* es incluido en este capítulo por pertenecer al tipo cómico realista; pero esta obra, como el fragmento de *Yolao* —que no tiene que ser forzosamente anterior a Petronio, como muy bien nota Hägg— indica que pudo existir en griego otro tipo de novela distinto al idealista. El autor duda de que haya en el *Asno* auténtica parodia del tipo citado, y sigue la opinión general que considera la obra como un epítome no mucho más breve que el original perdido: todo ello es opinable. No se plantea la cuestión de la autoría de la obra, lo que indica prudencia.

El octavo y último capítulo está consagrado a la posteridad de la novela, cuyo tipo sofisticado tuvo especial éxito en el Renacimiento y el Barroco. Hägg realiza una buena selección y síntesis de la materia, aún siendo amplia, con la misma claridad que en los capítulos precedentes. Concordamos con el autor al aconsejar que se tenga en

cuenta estas novelas a la hora de estudiar las fuentes de los dramaturgos modernos y no sólo a autores como Eurípides o Séneca. Y nos unimos a su alegato en favor del género, que sale siempre malparado precisamente por su confrontación con el teatro clásico, y los prejuicios estéticos de los lectores, classicistas o no.

Siguen un suplemento pictórico dedicado a *Dafnis y Cloe* a lo largo de distintas épocas, ilustrativo, y un apéndice constituido por una breve introducción a la crítica textual y observaciones generales sobre las técnicas de traducción, con las novelas como ejemplo; la necesidad de este apéndice es discutible.

La bibliografía comentada que sigue es bastante aceptable, aunque a veces resulta desigual (compárese, por ejemplo, la citada para fechar a Heliodoro con la que menciona a este respecto para los demás novelistas) y con claras preferencias de unas lenguas frente a otras, probablemente por el público al que va destinado el libro.

Finaliza la obra con una lista de ilustraciones (setenta y nueve en total) y un índice de nombres propios y principales motivos y conceptos.

El libro está inteligentemente planeado y ejecutado, cuidado hasta en los menores detalles de impresión y presentación; incluso se representa la geografía de los viajes de la novela de Jenofonte en sus contraportadas. La amenidad de su lectura se ve aumentada por las frecuentes y bellísimas ilustra-

ciones, objeto en el que Hägg se muestra especialmente sensible y por el que hay que felicitarle. El libro es de carácter general, pero no es superficial: hemos visto que el autor no rehúye plantearse problemas de cronología, composición, concepción o interpretación. La obra cumple los objetivos previstos con resultados satisfactorios por lo que resultará útil a clasicistas y no clasicistas.

### C. Ruiz Montero

---

**I.M. PUIG I FERRETÉ**  
***El cartoral de Santa***  
***Maria de Lavaix:***  
***el monestir durant els***  
***segles XI-XIII***

Societat cultural Urgel·litana,  
La Seu d'Urgell 1984,  
pp. 153 + 5 il·lustracions.

El doctor Ignasi M. Puig i Ferreté, professor de Paleografia i Diplomàtica a la Universitat Autònoma de Barcelona, va dur a terme al llarg de la seva curta vida un intens treball de recerca que es materialitzà en una rica producció erudita de la qual ara hom comença a veure els fruits, perquè les seves obres més importants —encara majoritàriament inèdites, però en avançat curs de publicació— van sortint a la llum a poc a poc. Un dels seus treballs més interes-

sants, *El cartoral de Santa Maria de Lavaix: el monestir durant els segles XI-XIII*, acaba d'aparèixer publicat per la Societat cultural Urgel·litana —de la qual l'autor era membre i col·laborador assidu— amb l'ajuda del Servei d'Arxius del Departament de Cultura de la Generalitat de Catalunya. Que la publicació arribi avalada per aquestes entitats ja és garantia suficient de la qualitat de l'obra, però, a més, aquesta fou guardonada amb el Premi Pròsper de Bofarull concedit el 1978 per l'Institut d'Estudis Catalans, distinció que ratifica encara més la seva categoria.

El treball d'Ignasi M. Puig s'obre amb una nota preliminar del pare Cebrià Baraut, que ha tingut cura de l'edició del llibre i ens n'explica les circumstàncies. Ve després la bibliografia de les obres citades i tot seguit, com a introducció a l'edició del cartoral de Lavaix, l'estudi dels aspectes diplomàtics, històrics i culturals més remarcables que es desprenen de la documentació aplegada. Ja en aquesta part inicial queden ben paleses les qualitats d'excel·lent investigador del professor Puig i Ferreté, a qui cap tema fonamental deduïble de l'anàlisi dels textos no passa per alt, així com les seves aptituds didàctiques reflectides en la manera planera i entenedora com presenta el resultat de les recerques.

A la introducció (pp. 11-13) situa geogràficament el monestir de Santa Maria de Lavaix, puntualitza que el seu treball parteix de l'obra